

El Mundo de las Aventuras

→ Año I. ♦ Núm. 2 ←



REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

ESPAÑA
Un año (con la novela)... 12'50 ptas.
Un semestre " " " 6'50 " "
Número suelto " " " 0'25 " "

PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente.
Cada número (con la novela).. 50 reis.

Barcelona, octubre de 1892

Con el presente número se entregará el cuaderno 2.º
de «¡Hijo mío!», novela de la BIBLIOTECA

CUBA Y PUERTO RICO
Un año (con la novela)... 5 pesos oro.
En el resto de América
fijan el precio los Sres. Corresponsales
EXTRANJERO
Un año (con la novela). 18 ptas.



CORRER PARA VIVIR.—Silbó á su alrededor una lluvia de flechas...

SUMARIO

Correr para vivir.—Salvamento de náufragos.—El Correo de Lyon (continuación).—Guerra á muerte (continuación).—Heroica abnegación de un indo.—Elegía en el desierto.—Pensamientos.

LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

CORRER PARA VIVIR

I

LOS PIES NEGROS

Cerca del río de Jefferson, que es uno de los afluentes del caudalósimo Missuri, hallábanse acampados dos *tramperos* que, al parecer, algo debían de temerse cuando lejos de encender fuego, según acostumbran estos cazadores de castores, procuraban ocultarse cuanto podían entre una espesura de árboles á orillas de la corriente. Y sin duda no les faltaba razón para proceder con tanto sigilo, pues hallábanse en el territorio habitado por los terribles Sioux, ó Pies Negros, tenidos en todo tiempo por los indios más feroces de la América del Norte.

Los dos *tramperos* tenían doble motivo para temer, desde el momento en que no solamente eran aquellos salvajes sus más temibles adversarios, sino que había perecido un Sioux á manos de la partida de cazadores blancos de que antes formaban parte, y los exasperados compañeros de la víctima estaban ansiosos de venganza. No se debía esperar, por lo tanto, que diesen cuartel á nadie. En parecido trance, dependía su sola salvación de mantenerse reunidos para hacer frente á sus acometidas: pero Colter, que así se llamaba uno de los dos aventureros, no quiso permanecer con sus camaradas y prefirió campar por sus respetos.

Cierto era que este hombre, rudo cazador, avezado á todos los peligros, no conocía el miedo, ó, mejor dicho, tenía tal confianza en sí mismo que nada le infundía pavor. Despidióse, pues, Colter de sus amigos y resolvió ir á cazar por su cuenta y á tender sus lazos en las inmediaciones del Alto Missuri.

Durante algunas semanas, Colter vagó trabajando á sus riesgos y peligros con buenos resultados; pero cierto día encontró, durante una de sus excursiones, á un antiguo compañero suyo, llamado Potts, y los dos convinieron en permanecer reunidos á fin de poder defenderse mejor en el caso de presentarse cualquier enemigo. Durante el día, Colter y Potts se mantenían ocultos en las espesuras junto á las orillas del río; pero apenas cerraba la noche iban á armar sus lazos, y antes del amanecer volvían á retirarlos, teniendo siempre buen cuidado de borrar las huellas de sus pisadas. Mucho se exponían nuestros dos hombres procediendo así, solamente para coger algunas pieles de castor; mas los *tramperos* adquieren de tal modo la costumbre de jugarse la vida por la menor cosa, que semejantes peligros no les arredran nunca.

El género de vida de aquellos dos hombres, obliga-

dos á estar de continuo ojo avizor, era por demás fatigoso, y no era dable que pudiesen resistirlo mucho tiempo, pues á pesar de permanecer ocultos en el bosque todo el día, debían abstenerse de dormir por temor á ser sorprendidos, y durante la mayor parte de la noche andaban harto atareados. Y no padecían menos por el terrible frío que por la falta de sueño, pues encender una hoguera hubiera sido descubrir su presencia, exponiéndose á una segura muerte.

Una noche, pocos días después de la llegada de Potts, los dos aventureros esperaban con ansia la hora de ir á ver si se había cogido algo. Habían colocado sus trampas á unas seis millas del sitio donde se hallaban ocultos entonces, y no debían emprender la marcha hasta dos horas antes de amanecer.

Sin embargo, Potts, menos robusto que su compañero, y aterido de frío, no tardó en impacientarse.

—Ya no puedo resistir más,—dijo;—tanto vale que partamos de una vez.

—Me parece que aun no es tiempo,—repuso Colter, aunque también participaba del malestar de su camarada.

—Pues si aun no es hora, no tardará en serlo, y, de consiguiente, insisto en que lo mejor es marchar ya ahora.

Colter se levantó sin decir nada, ayudó á su compañero á sacar la canoa, que ocultaban cuidadosamente durante el día; embarcáronse, y comenzaron á remar silenciosamente río arriba.

Como ya hemos dicho, las trampas se hallaban á unas seis millas de distancia; pero, en todo el trayecto que los dos hombres debían recorrer, las márgenes eran muy altas á uno y á otro lado del río, y crecía en ellas una espesa vegetación. El cielo presentaba un color gris; una ligera niebla favorecía á los cazadores, y, protegidos por las sombras, pudieron recorrer un trecho considerable.

De repente, Colter, dejando de remar, inclinóse sobre la canoa y prestó atento oído.

Su compañero le imitó, para escuchar también, y después de una pausa preguntó qué ocurría.

—¡Silencio!—murmuró Colter.—¿No oyes?

—Absolutamente nada,—contestó el otro, después de escuchar de nuevo con la mayor atención.

Pero muy pronto se hizo más perceptible el rumor; hubiérase dicho que era un crujido de pisadas á orillas del río, y Colter miró á su compañero con expresión grave.

—¡Son los indios!—murmuró.

—¡Nada de eso!—replicó Potts.

—Pues ¿qué será?

—Búfalos.

—Vale más retroceder,—dijo Colter.

—¡Bueno estaría que huyésemos de una manada de búfalos y dejásemos además al descubierto nuestras trampas para que las vieran los Pies Negros! Entonces sí que no tardaríamos en tener sobre nosotros á todos esos salvajes como una jauría de lebreles.

—Pues yo preferiría no pasar adelante,—insistió Colter;—no me parece que se trate aquí de búfalos, sino de indios.

Pero como, á pesar de todo, Potts se burlaba de tales

temores, el *trampero* consintió en seguir adelante, aunque poseído de la mayor ansiedad.

Entretanto, continuaba siempre el rumor de pisadas y parecía seguir á la canoa á lo largo de la orilla. Los dos hombres avanzaron un poco más, hasta que al fin Colter, deteniéndose de nuevo, escuchó otra vez con expresión de ansiedad.

—Repito,—murmuró en voz muy baja,—que no me gusta esto. Ahora ya no me cabe la menor duda: son los indios.

Apenas hubo pronunciado Colter estas palabras, cuando su compañero pudo reconocer, ya tarde, por desgracia, que no se había engañado. De ambas orillas partieron espantosos alaridos, y al mismo instante los cazadores vieron dos numerosos grupos de Pies Negros que blandían sus flechas con aire amenazador, gesticulando y haciendo señales á los dos infelices *tramperos* para que se acercaran á la orilla.

Durante un momento permanecieron inmóviles; pero la perspectiva de morir allí á flechazos les indujo á obedecer, aunque con la certeza aterradora de que no habían de esperar piedad de sus encarnizados enemigos.

Apenas la canoa tocó en la orilla, y antes de que los *tramperos* pudieran saltar en tierra, un corpulento salvaje abalanzóse con ademán resuelto y cogió la carabina de Potts. Esto no tenía grande importancia en aquel momento, pues de nada servían las armas en manos de aquellos dos hombres siendo tantos sus enemigos; pero Colter, sin explicarse por qué, indignóse de tal modo ante aquel acto, y fué tan poderoso el impulso de su cólera, que, saltando en tierra, precipitóse sobre el indio, arrancó de sus manos el arma y se la devolvió á su compañero Potts, que se encontraba aún en la canoa y que remó entonces hacia el centro de la corriente, tratando de alejarse de su compañero.

Todo esto había sucedido en menos tiempo de lo que se necesita para contarlo, y así es que Potts pudo dar cinco ó seis golpes de remo antes de que sus enemigos volvieran de su sorpresa y trataran de castigarle; mas un momento después oyóse silbar una flecha, que hirió en un brazo al *trampero*.

Colter, rodeado de los Pies Negros, le aconsejó que volviese á la orilla y se entregara de una vez; pero Potts, seguro de que se le inmolaría apenas cayera en manos de los indios, prefirió jugar el todo por el todo. Entonces levantó lentamente su carabina, y apuntando á uno de los indios hizole rodar por tierra sin vida; pero no tuvo tiempo de volver á cargar su arma: una lluvia de flechas silbó á su alrededor, y el *trampero*, herido mortalmente en el pecho, dejó escapar el arma y expiró.

Un momento después, diez ó doce indios se arrojaban al agua, y apoderándose de la canoa condujéronla á la orilla con el cadáver.

Todo el furor de los Pies Negros debía recaer ahora en Colter. Los indios comenzaron por desnudarle, consultándose al mismo tiempo sobre lo que deberían hacer con su prisionero.

El cazador conocía un poco la lengua de sus enemigos, y así pudo enterarse de que disputaban sobre el género de suplicio más propio para que todos pudieran divertirse. Unos propusieron tostarle á fuego lento; á

otros les pareció mejor convertirle en blanco de sus flechas; y propusieron, en fin, otros diversos martirios, con lo cual no le quedó al infeliz prisionero la menor duda de que su muerte era inevitable y de que no había manera alguna de escapar.

Al fin, el jefe, con el propósito de prolongar la diversión el mayor tiempo posible, decidió, al parecer, lo que convendría mejor para satisfacer á todos; y acercándose á Colter cogióle por los hombros y le preguntó si era ágil en la carrera.

El prisionero conocía demasiado bien las costumbres de los indios para abrigar la menor duda tocante á la significación de aquellas palabras, y al punto comprendió que se le dejaba la alternativa de una lucha á la carrera para librarse de sus enemigos. En su consecuencia, indicó al jefe, por medio de una expresiva pantomima, que tenía los pies muy pesados, aunque dudaba que este ardid pudiera servirle para escapar y le ocasionase tan solamente un aumento en su tortura.

Debe advertirse que Colter se había distinguido siempre entre todos sus compañeros por la admirable ligereza de sus pies; pero en aquella ocasión era indispensable aquella estratagema: el náufrago que se ve á punto de ahogarse se agarra á la más ligera tabla si le ofrece alguna probabilidad de salvación.

El jefe de los Pies Negros condujo al prisionero á la pradera, á distancia de unas cuatrocientas varas de los demás salvajes, y dejóle en libertad, diciéndole que podía correr para salvar su vida.

No espera Colter que le repitan la orden, y emprende la carrera con la ligereza de un gamo, mientras que á su espalda resuenan espantosos alaridos salvajes. Sus pies no tocan apenas la tierra. Desnudo, y temiendo á cada instante recibir un golpe mortal, extrañase de su vertiginosa rapidez, y avanza siempre, volando más bien que corriendo, seguido de cerca por sus feroces enemigos.

La liebre consigue, no pocas veces, ponerse fuera del alcance de los perros y hacerles perder la pista por de pronto; pero el temor de ser, al fin, presa de sus perseguidores, abate con frecuencia sus ánimos, enerva sus fuerzas, y es causa de que al fin caiga presa de los lebreles. Lo mismo sucedía con el *trampero*, y al pensar que sus esfuerzos serían inútiles al cabo de más ó menos tiempo para salvar su vida, preguntábase si valdría la pena de proseguir aquella desenfadada carrera.

Muchos hombres habrían desistido, y poco faltó para que Colter se entregara de una vez, al ver las altas yerbas ondular en la pradera como en la inmensidad de un océano, sin ofrecerle el menor refugio, siquiera para ocultarse. Érale forzoso atravesar un espacio de seis millas para ganar un brazo del Misuri, y apenas le parecía esto posible. ¿No sería mucho mejor morir como su compañero? Esta idea le paralizó un poco, pero desechóla, al fin, y prosiguió su carrera, comprendiendo que no podía perder ni un segundo en detenerse á reflexionar.

De repente, Colter, sin atreverse á volver la cabeza, nota que los gritos de los salvajes no se oyen ya tan cerca; pero harto comprende que esto no quiere decir nada. Sin duda, los feroces Pies Negros, seguros de su

presa, se han detenido un instante para tomar aliento y continuar después la caza con redoblado vigor.

El *trampero* se pregunta con inquietud cuánto tiempo durará aquella persecución, y parecele que sus enemigos le dejan tomar alguna ventaja para recrearse después más en su triunfo, puesto que los más de ellos no son corredores menos ágiles que él. A cada instante teme oír el silbido de una flecha y sentir el contacto de la acerada punta en su espalda; pero no se desanima, y sigue manteniéndose á considerable distancia de sus perseguidores.

Sin embargo, su agilidad disminuye; sus piernas comienzan á flaquear; sus pies no se apoyan en el suelo con tanta seguridad como antes; los guijarros de la

aquel salvaje, aunque vaya armado de su lanza.

Desgraciadamente, sus piernas están ya abotagadas, á cada momento tropieza, y alguna vez cae de rodillas; fáltale el aliento, y á cada paso parecele que el corazón se le va á saltar del pecho; mas la esperanza de salvarse le sostiene aún y no piensa ya en rendirse.

La terrible lanza del indio le puede alcanzar de un momento á otro; pero perseguido y perseguidor franquean una milla y otra sin que el Siux haya conseguido dar alcance al blanco.

La sangre del fugitivo, borboteando por boca y narices, inunda su pecho desnudo. Colter divisa ya la ansiada meta, es decir, las azuladas aguas que pueden ser su salvación; mas parecele que la tierra se hunde



CORRER PARA VIVIR.—...vieron dos numerosos grupos de Pies Negros que blandían sus flechas...

pradera laceran la piel, y de pronto observa que va dejando tras sí un rastro de sangre.

Entonces Colter comienza á desfallecer, y, creyendo llegada ya su última hora, piensa que más vale poner término de una vez á tan desesperada lucha. Con singular presencia de ánimo, dada la espantosa situación en que se encuentra, y como hombre que se despide del mundo, el fugitivo repasa en su memoria todos los incidentes de su vida pasada, hasta los más triviales, y sin echarlo de ver deja ganar considerable ventaja á sus enemigos.

Colter ha recorrido ya la mitad de la distancia que le separa del Jefferson, y con asombro observa que apenas se oyen ya los gritos de los Siux. Entonces se atreve á dirigir una mirada á su alrededor, y ve que sus perseguidores se hallan muy lejos; tanto, que apenas se distinguen ya sus formas; pero de pronto observa que á cien pasos, un guerrero indio, armado de una lanza, le va á los alcances.

El *trampero*, que no teme á un enemigo solo, se reanima y cobra alguna esperanza; ya está más sereno, y esfuerzase de nuevo para ganar el terreno perdido. Por lo demás, poco le importa habérselas con

bajo sus pies y que todo da vueltas á su alrededor. Figúrasele que el cielo tiene un color rojizo, y es porque sus ojos están inyectados de sangre. El fugitivo tropieza de nuevo, é instintivamente extiende los brazos como hombre que está á punto de caer...

Un momento después, oye pasos tras de sí. Seguramente ya no podrá alcanzar la ansiada orilla, pues su enemigo le ha dado alcance, al fin, y sin duda le atravesará de parte á parte.

No importa: Colter tiene la satisfacción de haber hecho cuanto humanamente era posible para salvar su vida: ya no quiere defenderla ni dar un paso más para conservarla.

El feroz Siux no se halla ya más que á veinte pasos; acaba de levantar el brazo, y blande su lanza para arrojarla contra el fugitivo. Colter se detiene, mira á su alrededor y protégese con las manos.

La acerada punta del arma brilla en el aire como un rayo; pero de pronto el indio, falto de aliento ó tal vez aturdido al detenerse de pronto después de su rápida carrera, ó quizás desconcertado por la serena mirada del fugitivo, deja escapar el arma mortífera y cae en tierra.

Colter no pierde un instante: rápido como el pensamiento, abalanzase contra su enemigo, empuña la lanza, cuya punta se había clavado en tierra, y atraviesa de parte á parte al feroz Siux, dejándole inmóvil.

Siente entonces Colter renacer en su pecho la esperanza, y emprende de nuevo la fuga, aunque no con tanta celeridad, porque tiene los pies lacerados; pero sus perseguidores están muy lejos, y sin duda tardarán aún en darle alcance.

Poco después, sin embargo, oye los gritos salvajes de sus perseguidores, que seguramente acaban de encontrar á su compañero sin vida, y le perseguirán con mayor saña. Pero Colter no pierde un minuto. Muy pronto alcanza el lindero del bosque, y, ocultándose en una espesura, observa á su alrededor. Por entre los troncos de los árboles ve las aguas del río, y haciendo un último esfuerzo sale de su escondite, corre á la orilla y precipítase en las ondas.

Hacia el centro del río hay una especie de isleta formada por los restos de cortezas de árboles, hojarasca y ramaje, materiales acumulados allí lentamente, y que en cierto punto constituyen como una balsa natural. Colter se dirige hacia allí nadando bajo la superficie del agua hasta que encuentra el sitio más á propósito para esconderse entre dos troncos flotantes cuyas ramas sobresalen de la superficie líquida, formando como una cubierta natural.

Apenas habían trascurrido algunos minutos desde que se hallaba allí, cuando oyó de nuevo los gritos de los Pies Negros, que acababan de llegar á la orilla del río y recorriendo de arriba abajo como lebreles que olfatean su presa. Un momento después, el ruido de varios cuerpos que caían en el agua anuncióle que los indios se dirigían hacia su escondite.

Colter permaneció inmóvil, dispuesto á sumergirse como una rata de agua, apenas se acercasen sus enemigos. Su corazón latía apresuradamente, mas no le faltó serenidad para mirar á través del ramaje de los troncos, y pudo ver como los Siux pasaban una y otra vez con ademán frenético, hundiendo las puntas de sus lanzas en varias partes, cual si sospecharan que estaba oculto allí.

Al fin, dejaron de oírse los gritos, y Colter comprendió que los indios daban por terminada su exploración; pero de pronto ocurrióle una idea que le hizo temblar.

¿Se propondrían sus perseguidores prender fuego á la isleta?

Cuanto más pensaba en esto, más imposible le parecía que su idea no se les hubiese ocurrido también á los Pies Negros, é inquietado por este pensamiento, sufrió mortales angustias hasta que el día comenzó á declinar. Fácil es imaginarse cuáles habrían sido los padecimientos del infeliz Colter si se tiene en cuenta que la persecución comenzó en el sitio donde los Siux le sorprendieron con su amigo Potts; que iba desnudo, y que al cabo de su vertiginosa carrera tenía destrozados los pies y apenas le quedaban ya fuerzas para sostenerse.

Los indios, por fortuna, no habían pensado en prender fuego á la isleta, y tan pronto como la oscuridad se extendió sobre las aguas, Colter, convencido de que

sus perseguidores estaban ya lejos, salió, al fin, de su escondite; pero, en vez de ganar desde luego la orilla, siguió nadando á considerable distancia para mayor seguridad. Después tomó tierra y continuó su marcha en medio de las más densas tinieblas.

Antes de rayar la aurora, Colter se creyó completamente libre de los Pies Negros, mas no por eso era menos aflictiva su situación. Como ya hemos dicho, estaba desnudo, y en aquella oscura noche hallábase en un inmenso desierto donde no conocía sendero alguno.

Solamente le quedaba á Colter una probabilidad, y era llegar á alguna de las estaciones comerciales de la



CORRER PARA VIVIR.—El feroz Siux no se halla ya más que á veinte pasos...

Compañía del Missouri, situada en un brazo del Yellowstone; mas, aun suponiendo que no encontrase enemigo alguno, necesitaba muchos días para cruzar las vastas praderas sin árboles, sufriendo un sol abrasador durante el día y los helados cierzos de la noche. ¿Y dónde encontraría alimento? Era preciso vivir solamente de yerbas y raíces ó morir de hambre; pues, aunque la caza abundaba, faltábale su carabina y no tenía arma ninguna.

A pesar de todas estas contrariedades terribles, y después de pasar por las más rudas pruebas, que habrían arredrado á cualquier hombre, por mucha que fuese su bravura, Colter llegó, aunque casi moribundo, al deseado término.

Se necesitaría un libro para referir de qué medios se valió para hallar su camino á través de las praderas. Las señales é indicaciones que le guiaron no son conocidas sino de los indios y de los hombres que pasan la mayor parte de su vida en los bosques, y de los tormentos que sufrió, apenas podría dar idea la más patética descripción. Baste decir que muy pocos habrían sobrevivido para dar cuenta de aquella aventura homérica.

(Se continuará)

SALVAMENTO DE NAUFRAGOS

Nunca podrá encarecerse bastante el heroísmo de esos valerosísimos marinos que forman parte de las sociedades de salvamento de naufragos. El arrojado bombero que lucha con las llamas del incendio tiene su análogo, y aun su superior, en el marinero que se arroja en frágil barca en medio de las incontrastables olas para ir á prestar socorro al mísero naufrago, que de un momento á otro espera verse arrebatado al fondo del abismo.

El siguiente episodio histórico es buena prueba de la audacia admirable y de la abnegación sublime de unos marineros á quienes debieron su salvación los tripulantes y pasajeros de un buque alemán que iba de Hamburgo á Montevideo.

Corría la noche del 19 al 20 de diciembre de 1890. Eran las dos y media. Soplaban furiosamente el viento Norte. El mar estaba tempestuosísimo; las olas, de espantosa altura, estrellábanse con estruendo en los arrecifes, lanzando al cielo negro sus espumarajos; las gaviotas, azoradas, batían con sus alas los cristales del faro del puertecillo de Hourdel (departamento del Soma). Era hora de bajamar.

El torrero vió de pronto, al N., aparecer y desaparecer entre las olas los dos faroles de un barco de vela, y, según su orientación, comprendió que el buque tenía el faro por serviola de estribor, y que, por lo tanto, corría hacia la desembocadura del Soma, yéndose de cabeza hacia el faro de Hourdel; y como á causa de la baja marea los bancos quedaban al descubierto, contra ellos iba á estrellarse sin remedio la nave, que es lo que sucedió.

Era una magnífica fragata alemana. El torrero hizo todas las señales posibles para avisarle del peligro, pero nada comprendieron á bordo, y, en su vista, telegrafió á las sociedades de salvamento de Cayeux y Saint-Valery, participándoles la inminente catástrofe que amenazaba.

En el momento que el barco tocaba con el bajo, pasaba por delante del semáforo de Hourdel la canoa de Cayeux, arrastrada sobre un carromato por cuatro caballos, para ser botada al agua en el puerto, pues era demasiado dura la mar para haberlo podido verificar en la playa, donde estaba situada.

Al mismo tiempo llegaba por mar la canoa de Saint-Valery, cuyos tripulantes habían tenido que luchar contra el viento y la corriente. Ambas se hicieron á la mar de conserva, y después de hercúleos esfuerzos consiguieron llegar hasta la fragata, que hacía agua por todos lados.

Había á bordo más de cien personas, pues además de la tripulación iban en él multitud de emigrantes á la Argentina, en su mayor parte mujeres y niños.

El salvamento, ó sea el trasbordo de los naufragos, se verificó con habilidad consumada, pero en circunstancias difícilísimas. Como los bancos estaban apenas cubiertos de agua, habíase tenido que remar con la quilla en la arena, medio varados, y tan tempestuoso estaba el mar, que los salvadores tardaron más de una hora en recoger á toda la gente á bordo de las dos canoas.

Pero... está mal dicho *toda*. No estaban todos: faltaban aún doce naufragos, nueve de los cuales eran mujeres y que no era posible en manera alguna embarcar por no haber sitio. Tendrían que esperar dos horas. La mar iba subiendo, la fragata estaba rota por mil partes, y antes de dos horas no quedaría nadie vivo.

Entonces los marineros tuvieron un arranque de sobrehumana abnegación: cinco de Cayeux y cuatro de Saint-Valery se salieron de sus canoas para ir al barco, á fin de que se embarcaran en su lugar las nueve alemanas y los tres alemanes que quedaban á bordo. ¡Honor á esos héroes!

Cuando regresó la canoa de Cayeux, *al cabo de tres horas*, les encontró á los nueve héroes tiritando bajo sus impermeables, chorreando agua helada, refugiados en la cofa del palo mayor, donde muchos habían debido hacerse ligar al calcespiga del mismo.

Al subir la marea, había zarandeado de tal manera el barco, que uno tras otro el palo de mesana y el de trinquete habían caído. Como el agua había invadido el buque y lo destruía con furor, habíales sido preciso á los valerosísimos salvadores refugiarse en el único palo que estaba en pie, á riesgo de precipitarse en el abismo con todos ellos al embate de cualquier ola.

Tales hechos son quizás los que hacen más ilustre á nuestra raza. Esa caridad, sublimada hasta la abnegación más temeraria, hace olvidar las tristes manifestaciones de la maldad humana. Al registrarse tales hechos, que no son privativos en manera alguna de determinado país, el corazón se ensancha y los labios murmuran una bendición á esos héroes que desafían las iras del Océano para salvar la vida á otros hermanos suyos, desconocidos, enemigos quizás.

LOS DRAMAS DE LA VIDA

EL CORREO DE LYON

ROBO Y ASESINATO.—TERRIBLE ERROR JUDICIAL

(Continuación)

Mientras se hallaban allí hablando, separados de otras personas que esperaban, llegó M. Daubenton, y, entrando en la oficina por una puerta excusada y un corredor que evitaba tener que cruzar por la antesala, penetró en su despacho y comenzó por arreglar los papeles para el trabajo del día.

Erán las diez, poco más ó menos, y el juez terminaba su primer trabajo, cuando fué interrumpido por la entrada del agente de policía Heudon, á quien había enviado á buscar á los testigos de Mongeron y Lieur-saint.

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó M. Daubenton.

Heudon estaba grave y meditabundo.

—Entre los testigos,—contestó,—hay dos mujeres. Una de ellas, llamada Santon, es la criada del posadero de Mongeron, y la otra, una joven que responde al nombre de *Cabezuda*, es la sirvienta de la Chatelin, la tabernera de Lieursaint. Pues bien, M. Daubenton: la *Cabezuda* y la Santon declaran terminantemente que

dos de los asesinos se hallan en este instante esperando en la antesala.

Semejante declaración era suficiente para asombrar al más calmado magistrado, y M. Daubenton quedó mudo de sorpresa.

—¡Imposible!—exclamó, al fin.

—Esas mujeres,—continuó el agente, imperturbable,—sostienen que es imposible se equivoquen, puesto que una de ellas sirvió la comida á los cuatro jinetes en Mongeron, y la otra habló con ellos en Lieursaint, permaneciendo más de una hora en la sala donde jugaban á billar.

El juez no podía apenas dar crédito á sus oídos; mas era preciso aclarar aquello cuanto antes, y en su consecuencia ordenó que las dos mujeres fueran introducidas separadamente para interrogarlas, primero la Santon y después la *Cabezuda*.

Ambas persistieron con singular vehemencia en su declaración. Según dijeron, era imposible que se equivocaran, habiendo estado mucho tiempo en compañía de los viajeros, durante el cual tuvieron suficientes ocasiones de observarlos.

—Muy bien,—dijo el juez;—ahora entrarán esos hombres; pero os recomiendo muy en particular que cuando se hallen aquí los miréis bien, á fin de que no quede el menor escrúpulo ni duda, porque es una cuestión de vida ó muerte.

Dicho esto, el juez ordenó que introdujeran á Guesno.

—¿Qué os trae por aquí tan de mañana?—preguntóle M. Daubenton.

Guesno, un poco admirado de la pregunta y de las severas miradas que aquellas mujeres le dirigían, expuso el motivo de su visita.

—He venido á recoger mis papeles,—dijo,—pues ya recordaréis que me ofrecisteis devolvérmelos hoy.

—Creo que os acompaña un amigo,—repuso el magistrado.

—Ciertamente,—contestó Guesno, cuya sorpresa iba en aumento.—Supongo que esto no será ningún mal.

—¿Cómo se llama?

—Lesurques, y acaba de llegar de Douai, mi pueblo natal. Acabo de encontrarle en la calle, y me espera en la antesala para hablar después conmigo un rato.

—Que entre Lesurques,—ordenó el juez volviéndose hacia el agente Heudon.

Un momento después entraba Lesurques, muy admirado de aquella orden. El juez conversó con los dos amigos durante algunos minutos sobre cosas indiferentes, y después, con gran asombro suyo, invitóles á entrar en la habitación contigua para esperarle allí. Al mismo tiempo, encargó á Heudon en voz baja que no los perdiera de vista.

Apenas se hubo cerrado la puerta, volvióse á las dos mujeres.

—¿Qué decís?—preguntó.

—Esos son los hombres, señor juez,—contestaron ambas á la par.—Lo juramos.

El magistrado dudaba aún.

—Teniendo en cuenta,—dijo la joven *Cabezuda*,—que estuve tan cerca del hombre de la peluca rubia

(Lesurques), y que mis manos le tocaron cuando le ayudé á componer la espuela, paréceme que debo conocerle bien.

—¿Debo entender, pues, que persistís en acusar á esos hombres?

—Ciertamente, señor juez, persistimos.

Ante esta contestación, nada podía hacerse sino aceptar semejante prueba y reducir á prisión á los dos amigos, lo cual hizose al punto, con no poca estupefacción de Guesno y Lesurques. Los primeros cinco días que éste había pasado en París condujéronle á una situación extraña, y su casual encuentro con Guesno fuera de la oficina central fué el tercer incidente en las extrañas coincidencias que tan fatales debían ser para él.

No se perdió tiempo en carear á los dos prisioneros con los demás testigos. Couriol, Guesno y Lesurques fueron reconocidos casi por todos, y juraron que dos de ellos pertenecían á la partida de jinetes que se detuvo en Mongeron y Lieursaint. La Santon declaró que Lesurques era el hombre que, habiendo pedido la cuenta en el mesón del Correo, quiso pagar en asignados; que esto produjo algún entorpecimiento, y que al fin el hombre alto (Couriol) satisfizo el importe en plata.

Champeaux, el posadero de Lieursaint, y su mujer juraron también que Lesurques era el hombre que se había detenido á la entrada del pueblo á fin de componer su espuela; que entró en la posada y se llevó á sus compañeros para jugar al billar, y que volviendo la última vez en busca de su sable se alejó por la carretera de Melun, cuando el coche-correo llegaba para cambiar de tiro.

Lafolie, el mozo de cuadra de Mongeron, una mujer llamada Alfroy, una florista de Lieursaint y un tal Lorenzo Charbaset, labrador, que habían comido en el mesón del Correo, ocupando una misma habitación con los cuatro jinetes, juraron que Lesurques era uno de ellos. Este último testigo añadió que aquél era el hombre que llevaba las espuelas fijas en las botas como los húsares.

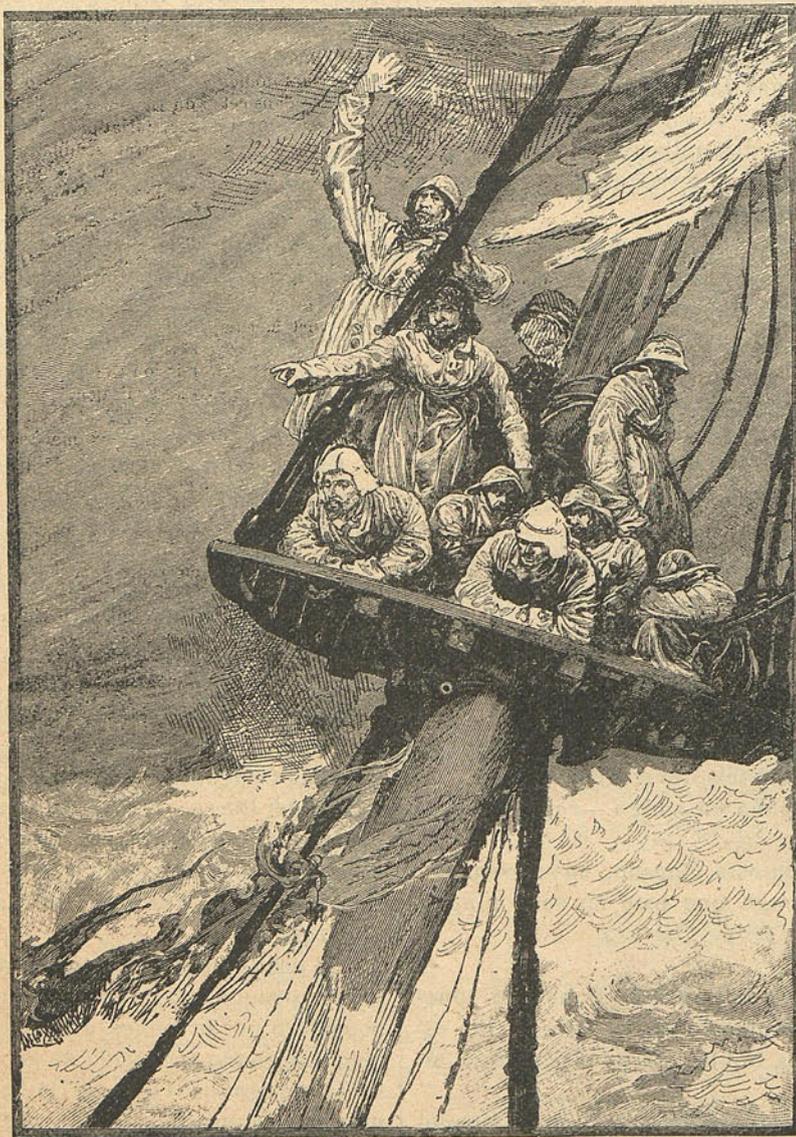
La conducta de Lesurques, al verse cogido en esta red de pruebas, si no fué la de un hombre inocente, se consideró por lo menos muy elevada. Negó la acusación indignado y poseído de la mayor sorpresa, y en los interrogatorios que sufrió no se le pudo sorprender ninguna contradicción. La siguiente carta, también escrita por Lesurques á un amigo suyo el mismo día en que se le redujo á prisión y la cual se interceptó para unirla con los documentos de la causa, no era ciertamente la de un hombre culpable. Comparada con sus dorados sueños y los proyectos que concibiera algunos días antes, sus primeras palabras son verdaderamente patéticas. Hé aquí la carta:

«Querido amigo: desde mi llegada á París todo ha sido para mí tribulaciones; mas nunca pude esperar una desgracia como la que pesa sobre mí en este momento. Ya me conocéis lo bastante para saber que nunca me degradaría cometiendo un crimen. Sin embargo, se me acusa del más atroz de todos los delitos: se me acusa de haber asesinado al conductor del correo de Lyon. Tres hombres y dos mujeres á quienes no conozco ni he visto jamás en la vida, pues ya sabéis que

nunca salí de París, han jurado que recordaban mi persona, y que yo era el primero de los jinetes que asaltaron al correo. Bien sabéis que jamás he montado á caballo desde mi llegada á París. Por lo dicho comprenderéis cuán espantoso es para mí semejante testimonio, que ha de conducir á mi asesinato judicial. Ayudadme, pues, con vuestra memoria, y haced lo posible por recordar dónde estaba y qué personas ví

arreglar sus habitaciones y el portero de la casa de la calle de Montmartre.

Ante el tribunal comparecieron seis acusados: Guesno, Lesurques, Couriol, Bernard, Richard y Bruer; pero los cargos contra ellos eran muy distintos. Los tres primeros fueron acusados de perpetradores del asesinato ó cómplices en el mismo. A Bernard se le imputó haber facilitado los cuatro caballos del alquiler



SALVAMENTO DE NAUFRAGOS. —...encontró á los nueve héroes refugiados en la cofa del palo mayor...

en París del 7 al 8, según creo, del mes último (floreale), para que pueda confundir á esos infames calumniadores y castigarlos como la ley previene. Mucho os agradeceré que veáis á mi esposa á menudo, procurando consolarla.»

El estilo de esta carta y sus sentidas frases, algo desaliñadas, demuestran el estado de ánimo de Lesurques cuando la escribió y la sinceridad con que imploraba auxilio. Al pie de la misiva figuraban los nombres de las personas que recordaba haber visto en los citados días, y eran: el ciudadano Tixier, el general Cambrai, la señorita Eugenia, el ciudadano Hilario Ledru, la Sra. Lesurques, el operario encargado de

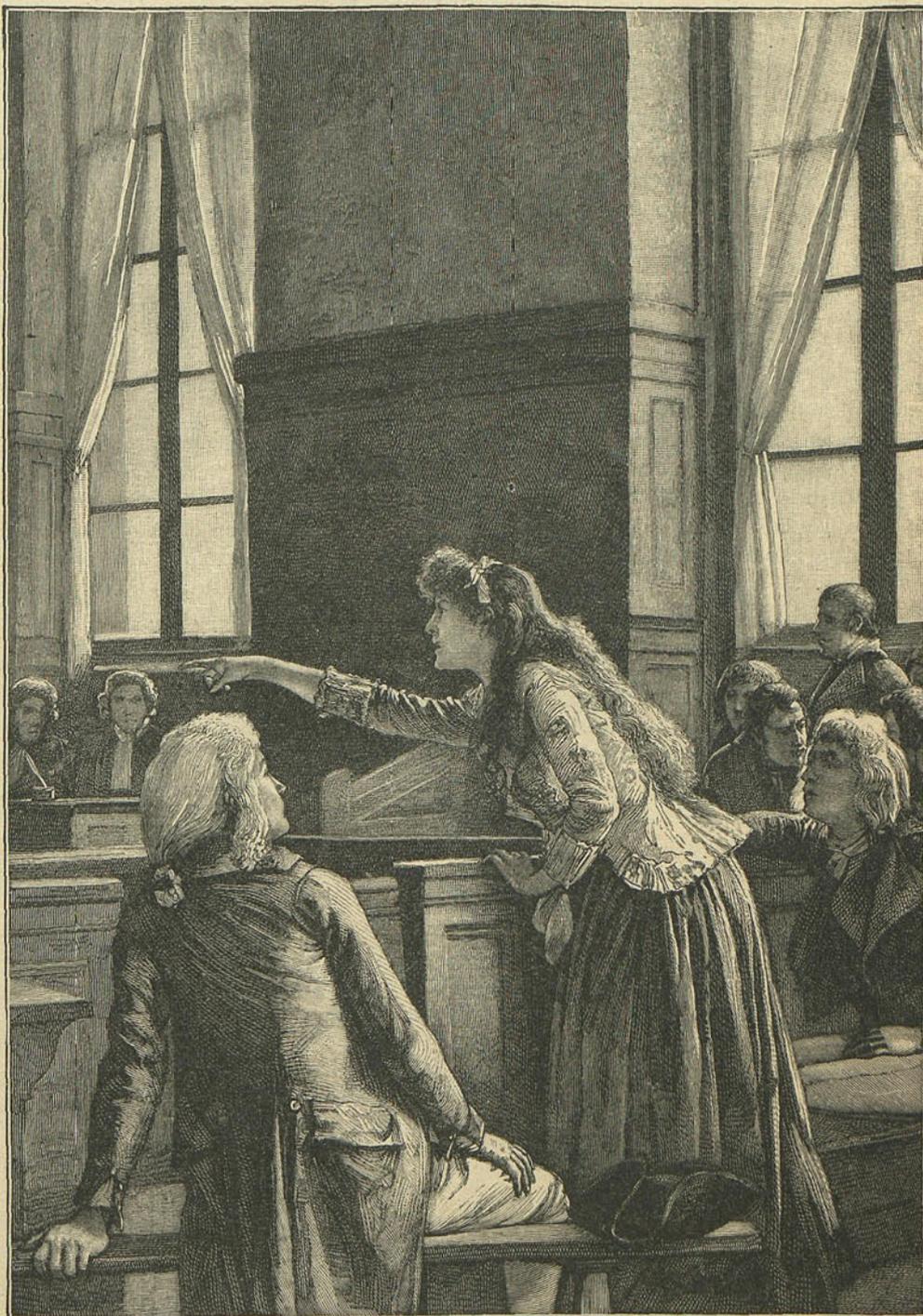
dor; á Richard se le acusó de haber ocultado á Couriol y á su querida, una tal Magdalena Brevant, y de haber tomado parte en la distribución de la suma robada, y á Bruer de haber escondido á Couriol y á Guesno en su casa de Chateau Thierry.

En la vista de la causa, los testigos que habían reconocido á Guesno y Lesurques en la oficina central persistieron en decir que eran los mismos hombres; pero Guesno triunfó una vez más probando la coartada, y fué absuelto, así como también Bruer, por no resultar pruebas contra él.

El caso era más complicado para Lesurques. Ya hemos visto que dos mujeres se hallaban dispuestas á

jurar que era el mismo hombre que llevaba la peluca rubia, que compuso su espuela y que volvió á buscar el sable en Lieursaint. Para refutar esto, el acusado apeló al testimonio de nada menos que quince

Hilario Ledru, declararon que habían comido con el acusado dicho día en casa de un pariente suyo, habitante en la calle de Montorquiel, y que después de comer fueron á un café, donde tomaron unas copas de



EL CORREO DE LYON.—Magdalena Brevant protestando de la inocencia de Lesurques

testigos, todos ellos personas de responsabilidad, que debían probar la coartada.

El ciudadano Legrand, platero, declaró que era paisano de Lesurques; que el día 8 floreal, en cuya noche se cometió el crimen, Lesurques había estado con él la mayor parte de la mañana, debiendo notarse que el acusado estuvo siempre tranquilo y natural.

El llamado Alden, también platero, y el ciudadano

licor, acompañando después al acusado á su casa.

Un tal Beudant, de oficio pintor, corroboró este aserto, asegurando que pensaba comer también en compañía de los dichos, pero que, siendo guardia nacional, los deberes del servicio impidieronle llegar á tiempo. Añadió, como prueba más convincente aún, que aquella misma noche fué más tarde á casa de Lesurques, vistiendo el uniforme, permaneció allí algún

tiempo y vió al acusado retirarse á descansar. En apoyo de lo que decía, el testigo presentó la papeleta de guardia fechada el 8 floreal.

Además de esto, el operario ocupado en el arreglo de las habitaciones de la calle de Montmartre juró que se había visto al acusado varias veces en el trascurso del 8 al 9.

La aseveración de todos estos testigos produjo en el tribunal la impresión de que Lesurques reivindicaba triunfante su inocencia; y el mismo acusado se mostró siempre tranquilo y lleno de confianza. Asegurábase además que el juez había dudado desde el principio del testimonio de las mujeres de Mongeron y de Lieur-saint.

La absolución de Lesurques parecía, pues, completamente asegurada, cuando un incidente casual cambió el aspecto de cosas.

El primer testigo, el platero Legrand, había consignado en apoyo de su aserto que el 8 floreal, antes de comer, hizo un cambio de ciertos géneros con el platero Alden, y que en su registro se encontraría la entrada en dicha fecha. Como propusiera enviar en busca del libro, consintióse en ello, y presentado al tribunal reconocióse que dicha entrada se hizo el día 9, y que este numero se había raspado sustituyéndolo con un 8.

En medio de la sensación que este descubrimiento produjo, el juez ordenó que se detuviera al testigo, y, atemorizado éste, confesó que no podía jurar positivamente haber visto á Lesurques el día 8; pero que, estando persuadido de la inocencia del acusado alteró la fecha en el registro para apoyar su declaración.

Ya se comprenderá el efecto que esta confesión produjo en el tribunal. Desde aquel instante, el sentimiento de los jueces se volvió contra el infeliz Lesurques, aunque éste insistía en sostener su inocencia. La causa se dió por terminada, y el jurado se retiró á deliberar.

De repente, en medio del silencio que reinaba en la sala y de la expectación pública, oyóse á una mujer gritar entre la multitud:

—¡El Señor presidente! ¡Quiero hablar con el señor presidente!

Todas las miradas siguieron la dirección de donde partía la voz, y vióse á una mujer que pugnaba por abrirse paso á través de la compacta muchedumbre, poseída, al parecer, de una extremada agitación.

Era Magdalena Brevant, la querida de Couriol, de quien se sospechaba por buenos motivos que había sido cómplice en la distribución del dinero robado.

La Magdalena pedía con tal insistencia que la escucharan, que al fin se le concedió el permiso y fué presentada ante el tribunal.

—Señor presidente,—dijo,—la voz de la conciencia me impone el deber de hablar, para que se salve la vida de un hombre inocente. Os aseguro que aquí hay una terrible equivocación, y que si se condena á Lesurques se cometerá un asesinato. Los testigos creen reconocerle, pero no es verdad: le han tomado por un hombre que se llama Dubosq. Y yo, que conozco á los dos, puedo atestiguar que la semejanza entre ellos es extraordinaria.

El tribunal escuchó á la mujer; mas á pesar de su vehemente declaración, desechó esta última, y el jurado volvió á reunirse. Según su dictamen, Couriol, Lesurques y Bernard eran culpables del asesinato, y Richard del cargo que se le imputaba. Guesno y Bruer fueron declarados *no culpables*.

En virtud de este veredicto, los dos últimos quedaron absueltos; á Richard se le condenó á veinticuatro años de cadena perpetua, y á Couriol, Lesurques y Bernard á la pena de muerte.

Cuando se comunicó á Lesurques su sentencia, púsose en pie y dijo con la mayor calma:

—Soy inocente del crimen que se me imputa. ¡Ah! Ciudadanos: si el asesinato en el camino real es horrible, ¿os parece menos crimen ejecutar á un inocente?

Apenas se hubo sentado, levantóse Couriol á su vez.

—Confieso que soy culpable,—exclamó;—pero en cuanto á Lesurques, creed que es inocente, como también lo es Bernard, que no ha tomado parte en el asesinato.

Asegúrase que Couriol repitió estas mismas palabras cuatro veces; y cuando estuvo de nuevo en su calabozo, escribió á sus jueces una carta, en la cual, después de confesar su delito, manifestando sus remordimientos, añadía: «No he conocido nunca á Lesurques. Mis cómplices fueron Vidal, Rossi, Durochat, y Dubosq. La semejanza entre este último y Lesurques es la que ha engañado á los testigos.

No fué ésta la última voz que se elevó en favor de Lesurques. Magdalena Brevant renovó sus protestas después de dictarse la sentencia, y presentó dos testigos para probar que antes de darse el veredicto había declarado que Lesurques no tenía nada que ver en el crimen y que se le había confundido con Dubosq.

(Se continuará)

GUERRA A MUERTE

EPISODIO HISTÓRICO

PRIMERA PARTE.—LOS INDEPENDIENTES

CAPITULO II

UN ALMUERZO LÚGUBRE

D. Juan de Ródenas, conde de Playarena, brigadier del ejército expedicionario encargado de operar contra los insurrectos del virreinato de Nueva Granada y de la capitania general de Caracas, era un veterano de las guerras americanas.

Había llegado al Nuevo Mundo cuando sólo contaba veinte años, de simple subteniente, pobre de dinero, pero rico de esperanzas, y no había tardado en hacerse distinguir por su bizarría. Uno á uno conquistó todos sus grados en las numerosas expediciones dirigidas contra los indios, y adquirió una situación preponderante. Por fin, acabó siendo para él la América una segunda patria. Casóse allí con una mujer á quien amaba, vivió con la faustuosa existencia de un indiano, poseyó ricas haciendas, gobernó países inmensos. Nunca sátrapa asiático gozó de más poderío ni de más

autoridad, pero jamás abusó de ellos, á pesar del mal ejemplo de sus compañeros y de la mayor parte de los gobernadores de ciudades ó provincias que, apenas llegados de España, esquilaban á sus administrados para enriquecerse prontamente y afianzar su poder.

Algunos años después de su matrimonio murió la condesa al dar á luz una preciosa niña. D. Juan, entonces, reconcentró todos sus afectos en aquella criatura y se condenó á perpetua viudez. Hasta la edad de diez años fué criada Inés á la americana, esto es, algo á la buena de Dios. Creció sin trabas, sin las meticulosidades de la civilización europea. De todas las preocupaciones de su raza sólo conservó el orgullo de la sangre, orgullo bastante común en la América española, y que coloca al blanco, ó sangre azul, muy por encima del mestizo, del hombre de color ó del indio, aunque fuesen de sangre real.

Para cuidar de la educación de su hija querida, D. Juan de Ródenas llamó á su lado á su hermana doña Teresa Dolores, comendadora libre de un capítulo de Burgos, casta y santa mujer, muy pagada de su nombre y de su título y de las prerrogativas de la nobleza. Felizmente para ella, Inesita tenía bastante independencia de carácter para reirse de los aires majestuosos y solemnes de su tía, y sin dejar de respetarla supo vivir libre de toda tiranía mundana, como la mayor parte de las criollas.

Cuando Napoleón emprendió la guerra contra España para dar una corona á su hermano José, D. Juan de Ródenas se acordó de que su verdadera patria estaba al otro lado del Atlántico, y acudió con noble apresuramiento á defenderla ó morir por ella. Las colonias americanas demostraban ya por entonces veleidades de independencia, pero el brigadier no concedía grande importancia á ciertos movimientos populares. Partió sin vacilar.

Puesto á la cabeza de una brigada, luchó valerosamente contra Francia y derramó su sangre en muchos campos de batalla. Gravemente herido, fué hecho prisionero é internado en Tours. La policía imperial le alojó en casa de un antiguo convencional, Santiago Maugrin, cuyo hijo, Felipe Maugrin, jefe de escuadrón en un regimiento de dragones, guerrearaba en Rusia.

Por favor especial, y sobre todo gracias al apoyo de un pariente, chambelán de Fernando VII, detenido entonces en Valençay, la hija y la hermana del conde obtuvieron autorización para permanecer en Francia. Llegaron á Tours un hermoso día de junio de 1813 y se dedicaron con la mayor abnegación á los cuidados reclamados por el estado del brigadier (el cual, por otra parte, había sido perfectamente tratado en casa de Santiago Maugrin y empezaba ya á recobrar sus fuerzas). La presencia de D.^a Teresa y de D.^a Inés no hizo sino activar su convalecencia. El brigadier solicitó ser incluido en un canje de prisioneros, pero su instancia fué denegada.

Los acontecimientos de 1814 modificaron su situación y le devolvieron la libertad. Después de una corta permanencia en París, volvió á España con su hija y su hermana, fué presentado á Fernando VII y se embarcó, en fin, para América, revestido de los más

omnimodos poderes para combatir la insurrección de las colonias.

Perturbada, removida por las grandes guerras del imperio y las coaliciones formadas contra Francia, Europa vivía entonces bastante ignorante de los sucesos trasatlánticos y no se inquietaba gran cosa por ellos. Los españoles mismos creían solamente en una insurrección momentánea de sus inmensas posesiones de América, y suponían que un esfuerzo serio de la metrópoli bastaría para aniquilar toda idea de independencia y de separación.

D. Juan de Ródenas conservaba aún algunas ilusiones, que se disiparon como la niebla bajo los ardores del sol así que hubo puesto el pie en el suelo americano. Todo un pueblo ardiente, joven, calenturiento, se levantaba contra la dominación española. Por una parte y otra la guerra era encarnizada, implacable, salvaje, á veces feroz. Diente por diente y ojo por ojo parecían expresiones sobrado dulces. Los ejércitos españoles y las partidas insurrectas cometían atrocidades que recordaban los tiempos de la más negra barbarie. Fusilábase á los prisioneros, estrangulábase á las mujeres, á los niños á veces, y toda hacienda insuficientemente guardada era saqueada, incendiada, totalmente destruída.

De las inmensas y florecientes propiedades del conde de Playarena no quedaba nada. El fuego había devorado los bosques seculares, la guerra había devastado los plantíos y los campos. Atacado en sus intereses, herido en sus convicciones, D. Juan de Ródenas sintió odio mortal á los *americanos*, los combatió con encarnizamiento terrible y juró intentarlo todo, de atreverse á todo, para volverlos á poner bajo la dominación de España.

Amigo, desde hacía largos años, de D. Javier de Sámano, virrey de Nueva Granada, D. Juan tomó por edecán á D. Esteban de Portalegre, sobrino del virrey. Durante los tiempos de descanso dejados por la guerra, el joven oficial vió á la hija de su brigadier y se enamoró de ella. Inés no alentó mucho este amor naciente, á pesar de los consejos de su tía, que encontraba que D. Esteban estaba destinado á ser un excelente marido porque su nobleza se remontaba al siglo XII y debía ser un día grande de España.

Esta razón, sin embargo, no bastaba á convencer á D.^a Inés, como tampoco le convencían otras razones, y por lo mismo, sin demostrar al capitán una frialdad que hubiese podido ofenderle, le trataba con ceremoniosa cortesía, reveladora de que el capitán no debía esperar, por de pronto, verse aceptado como novio y que tenía que vencer muchas prevenciones que no podía explicarse. No obstante, como estaba enamorado muy de veras, y por consiguiente andaba algo ciego, resolvió perseverar en su conquista. Por intermediación de su tío, se aseguró la benevolencia del brigadier y formuló su demanda de matrimonio cuando estuvo bien seguro de que no le faltarían el apoyo ni el consentimiento del padre.

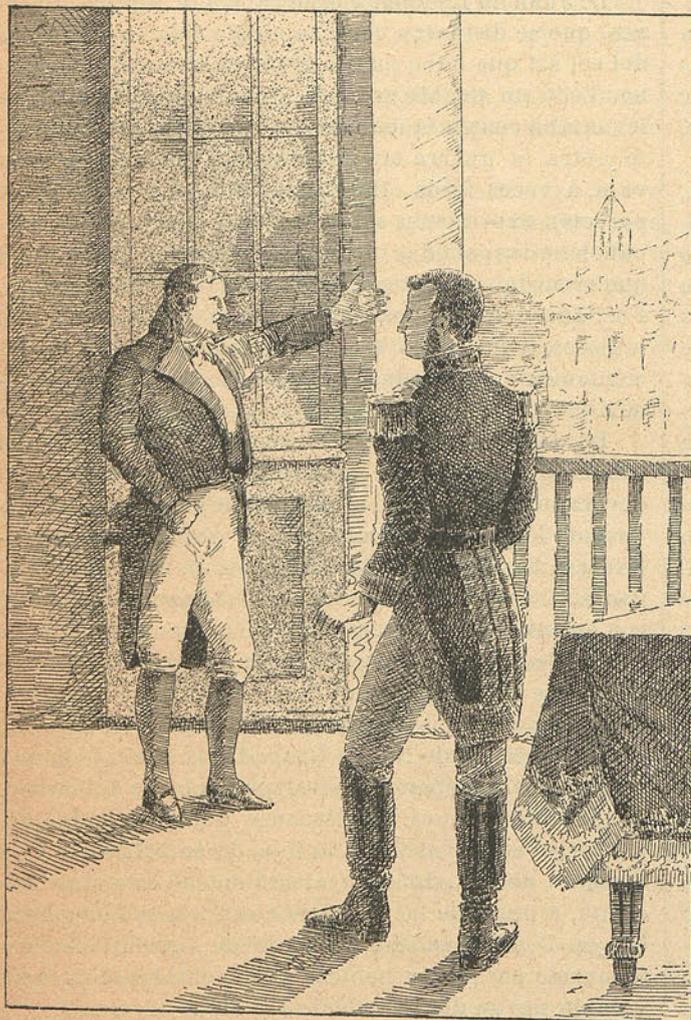
El brigadier deseaba vivamente este matrimonio, que halagaba á la vez sus sentimientos paternos y sus vanidades de gentilhomme. Háblóle de ello á su hija, pensando bien que Portalegre sería aceptado, si no con

entusiasmo, á lo menos con agrado. Como siempre, D.^a Inés manifestó que quería reflexionar antes de tomar una resolución.

—¿Amas á otro?—le preguntó el brigadier.

Y como Inés no contestase, el conde se dejó vencer por la cólera, se expresó con animación, afirmó su autoridad y por primera vez habló rudamente á su hija y declaró que no tendría otro esposo que el capitán D. Esteban de Portalegre.

Desde que se habían vuelto á romper las hostilida-



GUERRA Á MUERTE.—Afirmo que Bustamante es un traidor

des, el brigadier residía en la ciudadela de Puerto Cabello, ó sea en el fuerte de San Felipe. Ocupaba, con su hija y su hermana, un pabellón muy feo, que había servido en otro tiempo de cuartel á los soldados españoles, pero que ahora estaba algo habitable, gracias á algunas reparaciones inteligentes.

Cuando el capitán Portalegre penetró en la sombría morada, quedó desagradablemente sorprendido por la vista del *Sandio*, que, acurrucado sobre sus talones, tenía en una mano unos pedazos de arepas, ó galletas de maíz, sobre las cuales extendía, con sus dedos de dudoso aseo, algunas lonjas de dulce de guayaba. El idiota comía y tragaba glotonamente su gazofia. Acordándose muy oportunamente de que *Sandio* era un protegido de D.^a Inés, el capitán le disparó un «buenos

días, amigo» que parecía inspirado en el más vivo interés.

El *Sandio* se encogió de hombros y se volvió bruscamente.

—Pues ¿cómo me las he de componer,—murmuró el capitán,—para domesticar á ese salvaje?

El brigadier acogió cordialmente al capitán Portalegre; D.^a Inés le recibió con aquella cortesía ceremoniosa que caracterizaba las maneras de la nobleza española en el siglo XVIII. En cuanto á Inés, no dejó adivinar nada respecto á los sentimientos que agitaban su alma. Dió la bienvenida al capitán sin manifestar la menor frialdad, sin atrincherarse detrás de las inspidas gazmoñerías que sirven á las doncellas para ocultar su embarazo.

Aquel día el brigadier tenía á la mesa á algunos oficiales y funcionarios civiles en honor á los cuatro franceses desembarcados desde hacía pocos días en Puerto Cabello, los cuales eran Santiago Maugrin, á quien la ley sobre los regicidas había expulsado de Francia, su hijo Felipe Maugrin, Lamberto de Champsac, encargado de una comisión científica y política por el gobierno francés, y por fin Guillermo Roqueron, su ayudante y secretario.

Ya fuese que los convidados no se conociesen lo bastante, ya que las circunstancias inspirasen tristes reflexiones, el banquete dado por el brigadier no revistió la animación y alegría que prestan tanto encanto á las reuniones gastronómicas y sirven de condimento á los platos más ordinarios. A pesar de la cortesía de D.^a Teresa, á pesar de la gracia de Inés, existía una reserva con la que se avenían algunos españoles poco habladores, pero que molestaba singularmente á D. Esteban de Portalegre y aun, entre los franceses, á Lamberto de Champsac y á Guillermo Roqueron.

Hablábase de la terrible guerra que desolaba la América del Sur desde muchos años, y las palabras que más á menudo acudían á los labios eran fusilamientos, matanzas, ahorcamientos, incendios, carnicerías, saqueos, como si esas atrocidades hubiesen sido la cosa más natural del mundo.

Sin embargo, había un hombre que parecía tristemente impresionado por el lenguaje de sus compatriotas, y era D. Jerónimo Bustamante, el alcalde de Puerto Cabello. Procuraba disimular las emociones que agitaban su corazón, pero en vano. Sólo respondía con monosílabos á las preguntas que le dirigían. Su mirada distraída y sus maneras embarazadas hacían traición á las tristes impresiones que experimentaba.

Aparte de esto, ya sabía que le estaba observando un personaje colocado en la mesa casi enfrente de él. En aquel momento, este personaje tenía en su mano toda la autoridad, todo el poder para hacer daño. Llamábase D. Ignacio Valdés y era presidente del *Consejo de Purificación y de la Junta de Secuestros* de todos los países dependientes de la capitanía general de Venezuela y del virreinato de Nueva Granada.

Vestido con cierta elegancia, D. Ignacio Valdés

hablaba humildemente al brigadier Ródenas, á Inés y á D.^a Teresa; respondía con dulzura y benevolencia á los convidados que le interrogaban. Al verle tan tranquilo y sonriente, se le hubiera tomado por un observador muy sagaz para adivinar toda la hipocresía, la bajeza y la crueldad que había en el alma de aquel alto funcionario. Sin ser precisamente patibulario, su rostro tenía algo de pedante y del agrí dulce que ponía en guardia á la gente honrada. Su nariz recta y puntiaguda, de alas delgadas y casi transparentes, sus labios apergaminados y apretados, sus ojos penetrantes y socarrones, su frente ligeramente huida, sus mejillas aplanadas, su barbilla angulosa le componían una de esas caras que se atribuyen á los bellacos siniestros.

Adieto desde hacía muchos años al brigadier Ródenas, habíase visto encumbrado, gracias á aquella alta protección, á los más elevados puestos de la jerarquía administrativa de las colonias. Para el brigadier, obligado á menudo á andar por el campo y guerrear, era una especie de primer ministro á quien estaba confiada toda autoridad. Nunca príncipe absoluto, nunca déspota oriental gobernó con más tiranía que él.

Ciertamente que el brigadier conde de Playaarena no era muy querido en la región donde mandaba soberanamente en nombre de España; pero D. Ignacio Valdés era execrado. Su poderío espantaba á los espíritus más firmes, porque se sabía que no retrocedía ante ninguna iniquidad, y que no le detenía ninguna consideración cuando quería alcanzar y herir á alguien.

—Señores,—dijo el brigadier, dirigiéndose especialmente á los franceses;—necesito toda la indulgencia de Vds. para que me perdonen la franqueza de mi recepción. Si en mi casa no se ejerce mejor la hospitalidad americana, échenles Vds. la culpa, no á mis intenciones, sino á las circunstancias.

—Mi brigadier,—respondió Lamberto de Champsac,—no se mide la hospitalidad por la abundancia de los manjares ni por la riqueza del servicio. Damos á V. las gracias por su benévola acogida y por las bondades que nos ha dispensado desde que estamos en Puerto Cabello. Deploramos profundamente la agitación que perturba tan profundamente las colonias españolas. Brindo por la derrota de los rebeldes y por vuestras próximas victorias.

—Brindemos por el completo exterminio de los insurrectos,—añadió D. Ignacio Valdés.

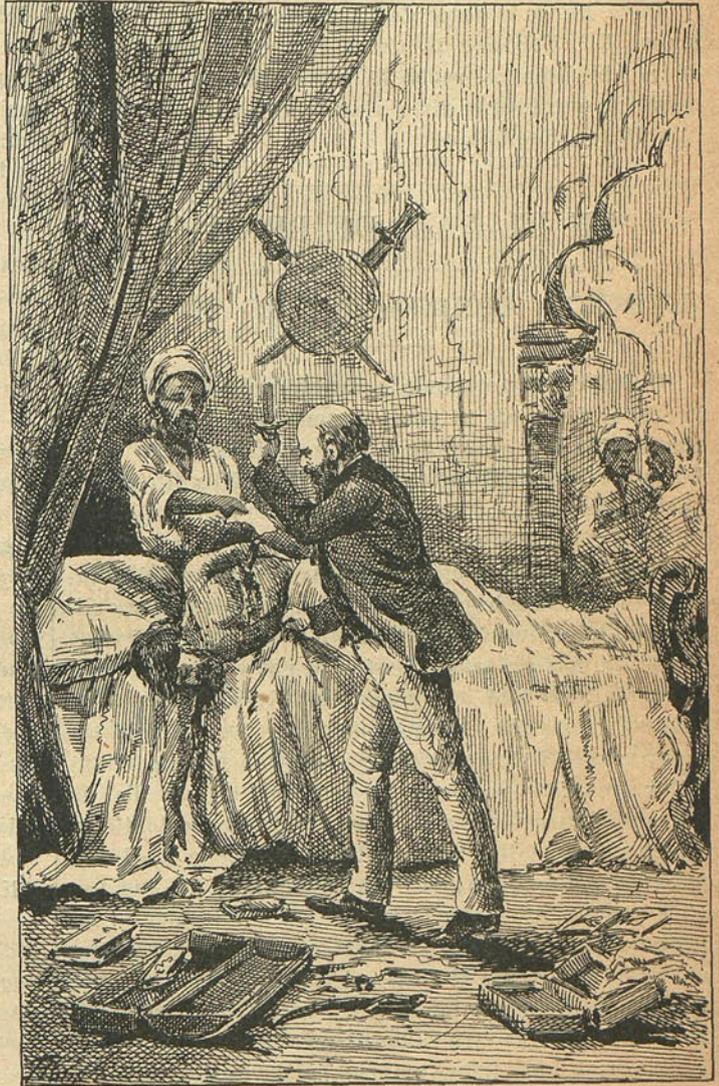
Todos los convidados, menos Santiago y Felipe Maugrin, llevaron las copas á los labios y bebieron algunos sorbos de un champagne burbujeante y crepitante que acababan de verter algunos esclavos.

—¡Cómo, mi querido compatriota!—dijo Lamberto de Champsac á Santiago Maugrin.—¿No queréis honrar, pues, á nuestro huésped?

—Si yo respondiera al brindis que acabáis de proponer,—replicó Santiago Maugrin,—brindaría por la pacificación de este espléndido país y brindaría por la

unión de todos, y no por la lucha fratricida que amenaza extender las más terribles calamidades sobre América.

Estas palabras, pronunciadas con voz grave y firme, produjeron un silencio algo embarazoso y enfriaron el entusiasmo provocado por libaciones más ó menos copiosas. D. Ignacio Valdés lanzó una mirada de vívora al hombre asaz osado que expresaba en alta voz lo que á nadie le era permitido pensar.



EN EL PAÍS DE BRAHMA.—Heroica abnegación de un indio

—Señores,—dijo el brigadier,—no se sorprendan Vds. de las palabras pronunciadas por M. Maugrin: es un antiguo convencional.

—¡Cómo!—exclamó Lambert de Champsac.—¿Se encuentra un convencional entre nosotros?

—¿Por qué no?—dijo Felipe Maugrin levantándose.

—Señores,—interrumpió el brigadier.—Cálmense Vds. ¿Es menester que les sigan sus odios á muchos miles de leguas de su patria?

—Pero ¡mi brigadier!—continuó Lambert de Champsac con desprecio.—¿Es permitido olvidar las crueldades de la Convención y de los que la servían?

—M. de Champsac,—dijo el brigadier, deseoso de

evitar un conflicto en su casa,—si yo fuese francés, hubiera servido al rey Luis XVI. Aquí, en presencia de todos los hombres de honor que he recibido, plácese declarar toda la estimación que experimento hacia M. Santiago Maugrin, cuyo huésped he sido por espacio de un año. No conozco un espíritu más recto, más noble; no conozco corazón más generoso, más leal, más hidalgo.

—Gracias, mi general,—dijo Santiago Maugrin.

Para dar más autoridad á las palabras de su hermano, D.^a Teresa, de quien no podía sospecharse de jacobinismo, estrechó la mano del convencional, mientras que Inés le dirigía una sonrisa llena de afecto y de agradecimiento.

(Se continuara)

EN EL PAIS DE BRAHMA

HEROICA ABNEGACIÓN DE UN INDO

Difícil es, aun estando acostumbrado á hablar de la India, figurarse la vasta extensión y las enormes singularidades geográficas de este famosísimo país. La superficie total del mismo es de 420 millones de hectáreas, más de ocho veces que la de España; su población, 250 millones de almas; elévanse en su frontera septentrional las cimas nevadas más altas del mundo, de las cuales bajan tres ríos que bien pueden calificarse de inmensos; llanuras sin término, abrasadas por el sol más ardoroso, forman la parte meridional de la región; más allá aún yérguense elevadísimas montañas cubiertas de espesos bosques, y por fin, todavía más hacia el S. levántase una vastísima meseta triangular, templada en virtud de su misma altitud. Tal es á grandes rasgos ese país maravilloso en que de día se ahoga uno de calor, mientras que de noche se olvida todo sufrimiento bajo el mágico influjo de sus noches estrelladas. Gente es la que allí habita, por cuyas venas corre nuestra misma sangre: son aryas, como nosotros; aryas que al llegar al tiempo de la emigración se encaminaron hacia el S., trasmontando el Himalaya, mientras otra rama avanzaba hacia el Irán ó Persia, y algunas tribus emprendían su derrotero hacia el N., constituyendo la gran familia indo-germánica.

Consérvase todavía en la India la división en castas; existen multitud de razas, unas tan inteligentes como el más civilizado pueblo europeo, sumidas otras en el salvajismo más abyecto; abundan en gran manera los mestizos, pero todavía quedan millones de indos de pura sangre, los cuales constituyen el tipo dominante, descrito, como sigue, por M. Eliseo Reclus: «Miembros ágiles, piernas delgadas, rostro de un óvalo perfecto, facciones regulares, rodeadas de una cabellera negra y rizada, piel que varía desde la morenez del italiano al negro del árabe, mirada fina, boca discreta, conjunto de la fisonomía dulce y desconfiado. El indio tiene menos vigor muscular que el europeo, pero posee mayor gracia y destreza: por término medio es también más hermoso. Hay provincias enteras en que todas las mujeres ofrecen á la vez la regularidad y el encanto de las facciones: tan sólo la omnipotente cos-

tumbre las fuerza á afearse pintándose el rostro, alargándose las orejas con el peso de los pendientes, ó pasándose un anillo de metal en la nariz. En la India Meridional las mujeres andan penosamente bajo el peso de doce kilogramos de joyas.»

Tocante al carácter moral, parece ser que los indos del Norte son más valerosos y activos que los otros. Los bengalíes se muestran algo afeminados, y en general todos los demás pecan de indolentes, defecto propio del clima, y no menos propio de la esclavitud. Á pesar de todo, sin embargo, los indos revelan un espíritu muy justo, un carácter igual y perseverante. Son sobrios, pacienczudos, llenos de energía para el trabajo cuando quieren, amigos del estudio y muy dados, sobre todo, al recuerdo de su pasado. Son dulces, apacibles, afectuosos con los suyos, hospitalarios con el extranjero. Muéstranse aficionados á las artes, á los juegos, á las danzas, á los jolgorios. Las poblaciones, además de sus mercados, celebran una fiesta anual. Por punto general, el hijo sigue el oficio del padre: no llega más allá su ambición, y de ahí que sus vicios predominantes sean la ociosidad y la avaricia.

El siguiente sucedido, rigurosamente auténtico, dará idea de la abnegación de lo que son capaces aquellos hombres.

Habíanse reunido en Brahmopore, para una cacería, algunos oficiales ingleses, con la particularidad de que la *jauría*, por decirlo así, en vez de ser de perros era de leopardos, perfectamente amaestrados para el caso. La montería resultó brillante. Uno de los oficiales, llamado Dixon, hubo de regresar á Calcutta, donde estaba de guarnición; pero, apenas se encontró allí, recibió una carta de uno de sus compañeros de caza, diciéndole que se habían cometido muchos robos en la casa que Dixon poseía en Brahmopore y que uno de los criados, llamado Tanna, le había rogado le manifestase la conveniencia de que se personase inmediatamente allí.

Salió Dixon nuevamente de Calcutta para el lugar dicho (á 106 millas de distancia), escogiendo el viaje por tierra, que podía hacer en veintiocho horas, conducido en palanquín, mientras que por el río hubiera tardado ocho días.

Apenas llegado á Brahmopore, mandó comparecer Dixon al *sabio* del lugar, personaje singular, semisacerdote y semimédico, cuyo ministerio consiste en adivinar el porvenir, encontrar los objetos perdidos y descubrir á los culpables; y ello es que muchas veces aciertan los tales sabios.

Mandó, pues, el adivino formar en círculo á los criados de Dixon, masculló ciertas palabras mágicas sobre el plato de arroz crudo que tenía en la mano, y dió á cada uno un puñado del encantado grano, vociferando que Visnú lanzaría los rayos de su ira contra el culpable, si por acaso era osado á mascarlos.

Llegó la vez á uno de los criados de Dixon, en quien mayor confianza tenía depositada éste, y al momento se vió como se crispaban sus músculos y se contraían violentamente sus miembros. Ordenóle el adivino que escupiera el arroz, y, efectivamente, aparecieron los granos sin mascar. El criado, entonces, se arrojó á los pies de su señor, y no solamente se declaró autor

de los robos últimamente cometidos, sino de muchos otros de que habían sido acusados sus compañeros. Dixon sufrió un amargo desengaño al ver como había abusado de su confianza aquel servidor de cuya fidelidad tan seguro se creía, y sin ánimos para castigarle se contentó con darle la despedida.

Por la noche hallábase Dixon jugando á tresillo en casa de un su amigo, cuando le avisaron que el criado que había denunciado los robos deseaba hablarle. El oficial salió al momento, muy extrañado de lo que tuviese que decirle Tanna.

El criado manifestó á Dixon que un amigo de éste, residente en Moorshedabad, á diez millas de Brahmopore, acababa de enviar un propio para rogarle se presentase inmediatamente á verle, á causa de un funesto accidente que le acababa de ocurrir. Sorprendióse Dixon de que el mensajero no hubiera sido portador de ninguna carta, ni le hubiese siquiera dado personalmente el aviso; pero, apesar de todo, no vaciló en acceder á lo que le pedía su amigo.

Llegó Dixon á Moorshedabad á las diez de la noche, y, presentándose en casa del amigo, hubo de encontrarse con que todo el mundo dormía á pierna suelta, siendo necesario armar un grande estrépito para que le abriesen. Preguntóle al momento Dixon á su amigo qué novedad ocurría; pero... ¡resultó que no había ocurrido novedad alguna! Ni había despachado ningún mensajero á Dixon, ni sabía una palabra de cuanto éste le manifestaba.

Lleno Dixon de tanta indignación como sorpresa ante la burla que le había hecho Tanna, resolvió regresar sin pérdida de tiempo á Brahmopore, resuelto á castigar severamente al autor de la broma. Ya en su casa, mandó que compareciese el culpable, pero resultó que Tanna no parecía por ningún lado.

Más irritado que nunca, retiróse Dixon á su dormitorio, cuando al pasar por su gabinete-tocador vió tirados por el suelo los cajones de la cómoda, convenciéndose pronto de que le habían desbalijado, y, lo que era más indigno, habría sido sin duda Tanna el autor del robo, pues allí en tierra se veía su turbante. ¡Dolorosa amargura produjo en Dixon aquella nueva decepción! Jamás hubiera creído capaz de semejante acción á Tanna, que tales pruebas de adhesión le había dado poco antes y en quien hubiera confiado ciegamente hasta su vida. Nunca imaginara Dixon que Tanna hubiese sido capaz de aquella felonía, y más afligido, más lleno de pesar que de indignación, siguió hacia el dormitorio.

Acercóse á la cama, separó las cortinas y quedó helado de terror... Tenía Dixon ante los ojos como una reencarnación de su persona. Descansaba sobre la almohada una cabeza envuelta en su mismo pañuelo. Estupefacto con aquella extraordinaria novedad, acercó la luz... y vió que era Tanna. Llamólo, pero Tanna no respondía. Cogióle del brazo: estaba helado... Era cadáver.

Tiró Dixon de la sábana y vió clavado en su pecho un puñal hasta la empuñadura. Gritó el dueño, acudieron los criados, y uno de ellos entregó á Dixon un papel que Tanna le encargó hiciera llegar á sus manos.

Era una hoja en que aparecían picadas con un alfiler algunas palabras en indostánico. Llamóse al *muclsié* ó intérprete, y éste leyó lo que sigue:

«Mi dueño bien amado: el hombre cuyos robos habéis descubierto tenía formado el propósito de asesinaros. No hubierais escapado á su venganza. Me habian hecho jurar que guardaría hasta mi muerte el secreto del complot. Perdonadme, mi querido amo, la mentira de que me he valido para alejaros. He ocupado vuestro lugar, y me considero dichoso al morir por vos. ¡Ve!e sobre vos el Dios de los Blancos!»

El culpable había emprendido la fuga, creído de que había asesinado á Dixon. Nadie mostró el menor asombro por el comportamiento de Tanna, creyéndolo muy natural. Entonces se acordó Dixon de lo que muchas veces había oído decir al buen criado: «—Vale más estar sentado que de pie, acostado que sentado, dormir que velar, y la muerte es preferible á todo.»

HARRY

LOS GRANDES CARNICEROS

ELEGÍA EN EL DESIERTO

La leona está herida mortalmente. En su formidable agonía abalanzase á la charca: el agua mitigará el ardor de sus abrasadas fauces. Palpitante, jadeante, bebe, bebe, insaciable. Sus cachorros la rodean, atónitos y espantados. Sobre ella, plantado, rugiente, ensordeciendo el desierto con el tremendo ronquido de su dolor, está el león, con el corazón despedaza lo por inquietud desesperada. Es la elegía del amor en la soledad inmensa del arenal; es el clamor fúnebre del cariño á la valerosa hembra, á la compañera constante, á la madre celosísima. Amor de leones, inquebrantable, bestialmente tierno, dulcemente brutal. El león era el dios de la infeliz herida: era la leona el ídolo del león. Y los hijuelos ven con asombro estúpido como su madre no les hace caso, toda en su hartazgo de agua, y como el padre no les mira ni les oye, todo en su colosal lamento.

PENSAMIENTOS

Raramente he visto un campamento de gitanos sin tener ganas de juntarme con ellos y compartir su existencia vagabunda: el hombre salvaje vive siempre en la piel del civilizado.

TEÓFILO GAUTIER

—❖—

El más agradable de todos los compañeros en el viaje de la vida sería un hombre sencillo, lleno de franqueza, sin ninguna pretensión á una grandeza opresora; un hombre que amase la vida y comprendiese su uso; un hombre servicial, de corazón de oro. El mismo en cualquier instante é inquebrantable como un ancla hundida en tierra. Por tener semejante com-

pañero, se daría de buena gana el mayor genio, el más brillante espíritu y el más profundo pensador.

LESSING

Habla poco entre los doctos para no errar: entre los necios, para no perder.

BALBI

Todos quisiéramos curarnos los males del cuerpo, y no podemos; podríamos todos curarnos los males del alma, y no queremos.

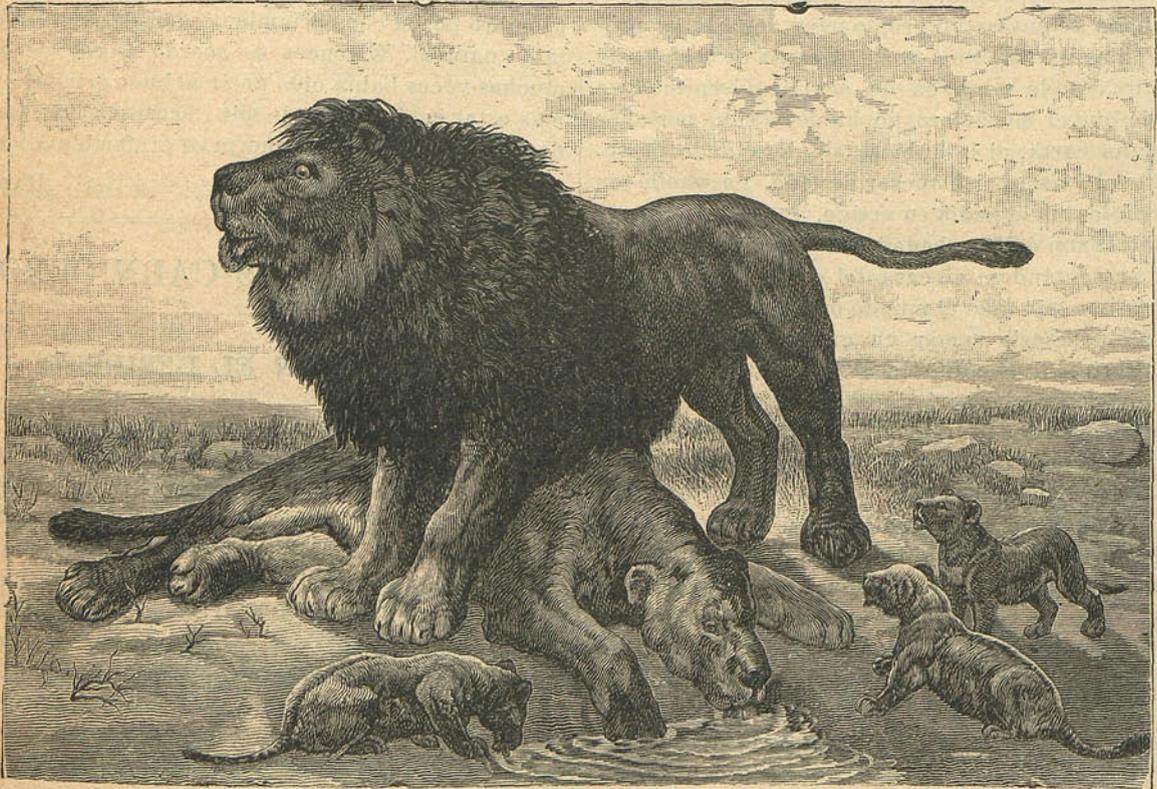
A. CARO

diado, y llegará día en que no habrá ya ni parásitos ni ociosos.

El desdén hacia la gastronomía es una prueba de superioridad moral é intelectual. El ideal de los animales no debe ser el ideal del hombre. Esto no quiere decir, sin embargo, que de vez en cuando no sea provechoso poner gallina en el puchero algún domingo, recompensa del fatigoso trabajo de muchos días.

R.

La vanidad de la riqueza ha perdido á muchos



LOS GRANDES CARNICEROS.—Elegía en el desierto

El que quiera conservar un amigo, haga tres cosas: hónrele en su presencia, alábele en su ausencia, ayúdele en las necesidades.

GIUSTI

Sin valor no hay carácter, como no hay máquina posible sin fuerza. ¿A qué conduce ver el bien si no se le quiere? ¿A qué conduce enternecerse por las acciones generosas si llegada la hora no se sabe combatir por el bien ni se sabe defender á los generosos?

MANTEGAZZA

Hay en la actual organización social ciertos individuos, verdaderos parásitos, que no trabajan y se aprovechan de todos los goces del lujo. Esto es una anomalía, y aun si se quiere es una monstruosidad. Pero todo induce á creer que este mal será reme-

más hombres que el orgullo de la escasez ó la pobreza. Y ha perdido, sobre todo, á muchísimas mujeres que después de conocer lo que es la seda no han podido luego hacerse con una sábana de algodón.

El odio más profundo que puede sentir un hombre es el del pedante contra aquel que pone en duda su saber.

No hay procedimiento que exponga á más errores que el de generalizar los conceptos. Un padre no es un ser abstracto, igual que todos los padres, ni un hijo es igual que todos los hijos. Las excepciones son tantas, que el cándido que se figurase que todos son como los pintan los novelistas se encontraría bien divertido. Tienen la palabra esos *ingleses de Madrid*, y otros que no son de Madrid ni son ingleses.

X.